

El amor hasta el fin

P. Carlos Avellaneda

Meditación para matrimonios culminando el año 2011

Buenas noches a todos. Culminamos este año de reflexión en nuestros grupos de matrimonios de la Merced con este encuentro donde charlaremos sobre cómo mantener vivo el amor a lo largo de los años.

Permítanme comenzar esta meditación sobre el amor de la pareja con una aproximación claramente espiritual.

Creados por amor... sedientos de amor

En el origen más hondo de nuestra vida está el amor de nuestro Creador. Él nos eligió y nos trajo a la existencia con un gesto de amor singular y personal. Al haber sido concebidos (procreados) por nuestros padres, hemos sido creados por Dios. Nuestros genitores buscaron ser padres, no traernos a la existencia a cada uno con su identidad única e irrepetible. Nuestros padres dieron vida a un hijo o una hija, sin saber quién era. Y nos amaron después. Pero Dios nos llamó a la existencia conociéndonos y amándonos de antemano. Nos quiso dándonos un ser personal y una misión propia. Esta es la certeza del profeta Jeremías: “La palabra del Señor llegó a mí en estos términos: «Antes de formarte en el vientre materno, yo te conocía; antes de que salieras del seno, yo te había consagrado, te había constituido profeta para las naciones»”. (Jer 1,4-5). San Pablo escribe en un himno sobre esta misma experiencia del amor eterno de Dios que nos llamó a la vida: “Dios nos ha elegido en Cristo antes de la creación del mundo” (Ef 1,4). Y el salmista ora desde esta misma convicción: “Señor, tú me sondeas y me conoces... Tú creaste mis entrañas, me plasmaste en el seno de mi madre: te doy gracias porque fui formado de manera tan admirable” (Sal 139,1.13-14).

Iluminados por estos textos puedo afirmar ahora: “Ser” es lo mismo que “ser amado”. Hacer esta experiencia significa sentir que cuando percibo que “soy” me siento “amado”. En el origen de nuestro ser está el amor personal de nuestro Creador. El amor de Dios está más atrás que el de nuestros padres, hermanos, amigos, pareja. Su amor está en la más profundo de mi ser

dándole vida y origen incesantes. Nuestro irrenunciable e insaciable anhelo de ser acogidos, aceptados y amados nos dice que hemos sido llamados a la vida *por* y *para* un amor perfecto.

Sin embargo, debemos reconocer que en este mundo somos amados y también abandonados, gratificados y a veces heridos. Nuestros amores nos han saciado pero también nos han dejado hambrientos. Por eso cuando “soñamos” nos remitimos a un origen primordial ideal y pleno que está alojado en lo más profundo de nuestra alma. Nuestros sueños pueden ser variados: de éxito, de progreso y de bienestar..., sueños todos que nos brindan sensación de seguridad. Pero en el fondo, cuando soñamos lo hacemos con un amor perfecto, un amor que nos dice que es bueno que existamos y que alguien nos ama porque somos nosotros. Son sueños de amor, lo único que de verdad nos proporciona seguridad.

El gesto creador de Dios (que no es sólo pasado y me habla de mi origen temporal..., sino actual y presente, hablándome de mi origen existencial) ese gesto representa una herida de amor en mi alma. Nuestro más profundo “yo” está tocado por un amor perfecto. Hay en nuestra alma una huella que nos remite a una pertenencia de amor perfecto, a un abrazo de amor sereno, seguro y cálido. En nuestro inconsciente más hondo hay una mirada que se alegra de nuestra existencia. Así como en nuestro cuerpo hay una huella que nos habla de nuestro origen fusional en nuestra madre, también en nuestra alma hay una huella (una herida de amor) que nos habla de nuestro origen en Dios.

Esta herida provoca una búsqueda. Lo sepamos o no, todos buscamos un amor ilimitado. Tenemos sed de un amor perfecto y eterno. “El hombre no se satisface con menos que Dios”, decía San Juan de la Cruz. Puede ser que no seamos conscientes de esa necesidad, pero ella está en nosotros y actúa en nosotros. Y aun cuando queramos domesticarla, reprimirla o acallarla, debemos admitir que necesitamos ser amados, pertenecer a un amor seguro. Necesitamos amar, darnos y recibir una respuesta de amor a nuestra entrega. Nuestra alma está sedienta de amor. Y teniendo sed siempre bebe; sin embargo... bebiendo tiene sed; deseando, se sacia, y también queda sedienta... y siempre bebe. Así, amando siempre busca y es tocada por el amor: es “herida”. Pero paradójicamente cuando es herida es sanada. El sano es el herido de amor que, por eso, lo busca. Lo sano es estar herido de amor y buscarlo.

Somos heridos *de* amor (amados desde siempre por Dios) pero estamos heridos *en* el amor (insatisfechos y mortificados por nuestros vínculos humanos). ¿Cómo podría dolernos vernos privados de algo que no nos perteneciera? ¿Cómo extrañaríamos tan dolorosamente algo que nunca nos fue dado? Si la falta de amor (por ejemplo en la pareja) me duele, es sólo porque pertenezco a un amor perfecto y, entonces, porque ese amor me pertenece. Espiritual, emocional y físicamente necesitamos un apego de amor, la pertenencia, la relación, el contacto visual, auditivo, olfativo, físico con la persona amada. Cuando esta necesidad no encuentra alguna satisfacción, la persona corre el riesgo de vivir apegos adictivos a objetos placenteros: comida, bebida, cigarrillos, consumismo, y también a personas tomadas como objetos de posesión y satisfacción de las propias necesidades. En este último caso los “otros significativos” en mi vida quedan más o menos reducidos a objetos compatibles o incompatibles con mis demandas de satisfacción individual.

Tenemos que hacer conscientes nuestras necesidades de amor. No dejar de soñar el amor pero convertir esos sueños en proyectos: humanos, limitados, renovables, perfectibles, pero que movilicen la creatividad en nuestra vida de pareja. Realizar los sueños significa *darles realidad*. Los sueños de amor no siempre *se cumplen*, pero sí *se realizan* cuando son asumidos como motor de una tarea cotidiana, la de amar de una manera más madura.

El amor como tarea

Amar es una decisión. El amor no desaparece como a veces se piensa, sino que dejamos de vivirlo y así termina enfriándose la relación. “Dejé de amar”, ésa es la cuestión. Por eso el amor matrimonial es una decisión, una tarea, una actividad que requiere habilidades. Se trata de una tarea sutil e inteligente que combina tres dimensiones distintas y complementarias. El amor de pareja incluye:

- a) **EROS:** Es el aspecto del amor asociado con el DESEO, la carencia, la necesidad, la insuficiencia. *Eros* dice: “te necesito, te deseo”.
- b) **FILIA:** Asociado con la AMISTAD, compartir, complementarse; la intimidad existencial, la ayuda adecuada, el abrazo, el empeño en proyectos comunes. *Filia* dice: “te quiero”.
- c) **ÁGAPE:** Asociado con la ENTREGA, el salir de sí mismo hacia el otro para satisfacer sus necesidades, cuidarlo, servirlo. Es la plenitud del amor. *Ágape* dice: “Te amo”.

Estos tres aspectos del amor tienen motivaciones diferentes. *EROS* –siempre poderoso– pretende “recibir”. *Eros* dice: “para mí”. *FILIA* –más estable– busca “compartir”, y dice: “para nosotros”. *ÁGAPE* –más profundo– siempre desea “dar”, y dice: “para vos”. *EROS* inicia la relación, *FILIA* la sostiene a lo largo del tiempo y *ÁGAPE* la plenifica y perfecciona.

Los tres aspectos del amor se comportan de modo diferente en la relación de pareja. *Eros* y *Ágape* son intermitentes, suben y bajan de intensidad. *Filia* es más estable. En efecto, no siempre el erotismo está en su punto máximo en la relación de pareja; y la generosidad y el altruismo no son vividos constantemente en la convivencia. *Filia* (que es la amistad de la pareja), en cambio, es como el lazo que permanece dentro del vínculo sosteniendo la trama de la relación a lo largo de los años y por eso es más estable y constante.

Con el paso del tiempo se produce una cierta transformación de estos aspectos amorosos. *EROS* se hace más profundo: la pasión se hace menos urgente y egoísta; se hace más honda y personal. *FILIA* crece y sostiene el vínculo desde dentro de modo humilde y cotidiano. *ÁGAPE* impulsa a amar al otro por sí mismo y así va predominando la generosidad en la relación. De todos modos es necesario aclarar que hay personas, momentos y parejas más o menos eróticas, más o menos filicas y más o menos agápicas. Lo importante es la presencia y armonía de las tres dimensiones.

La amistad matrimonial

Me gustaría que nos concentremos en *FILIA*, la dimensión de *AMISTAD* de la relación que sostiene en el largo plazo el amor conyugal. Si bien es verdad que los tres aspectos del amor poseen un valor imprescindible, *FILIA* es clave en el largo aliento de la relación. Veamos qué atenta y qué favorece esta amistad en la pareja.

Hay algunas actitudes y conductas que desgastan la amistad matrimonial. Los abandonos de ella a él o él a ella, la incomunicación, los descuidos y desatenciones, los celos enfermos, las venganzas, las mentiras, las infidelidades, la agresión (luchas de poder). Respecto de las agresiones –muchas veces habituales y no ponderadas en sus efectos corrosivos– me parece que se expresan de modo diferente en las mujeres que en los hombres. La agresión femenina apunta a ridiculizar al hombre, atentando contra la necesidad básica del varón que es su afán de prestigio. Ridiculizar es un arma poderosa de la mujer contra el hombre. Puede hacerlo delante de los hijos, en público (frente a otras parejas) o en privado (negándose a mantener relaciones sexuales). El objetivo es hacer sentir inútil, incapaz o impotente al hombre. Por su parte, la agresión masculina que se nutre de un odio defensivo para protegerse del temor al ridículo, se expresa en: dominar a la mujer, tener poder o control sobre ella, hacerla sentir inferior, inútil o no atractiva, negarle o regatearle el dinero, agredirla verbal y físicamente. La hostilidad femenina hace un trabajo de “zapa”, socava la autoestima masculina. La agresividad masculina ejerce un poder total de destrucción. Son violencias diferentes pero igualmente hirientes.

Vayamos ahora a lo positivo. ¿Cuáles son los elementos que sostienen y recrean la amistad matrimonial? El diálogo y la comunicación, compartir actividades y tareas, reconocerse y valorarse uno al otro, compartir espacios exclusivos del “nosotros conyugal” (aquí se destaca la sexualidad vivida con confianza y reciprocidad amorosa), plantearse proyectos, buscar acuerdos mediante decisiones compartidas, respetar al otro como distinto y acompañarse siendo diferentes.

Modos de vinculación matrimonial

Teniendo en cuenta los aspectos amorosos que venimos planteando, propongo una distinción en tres modalidades vinculares típicas que pueden darse en los matrimonios.

1) PAREJAS SIMBIÓTICAS

Sin autonomía ni libertad individual; sin espacios propios; no se puede pensar distinto; no se pueden tener sentimientos diferentes ni gustos propios; no se puede romper el esquema fusional. Este modelo ofrece mucha protección a costa de la libertad, la creatividad, la originalidad personal.

2) PAREJAS SOSPECHOSAMENTE INDEPENDIENTES

Lo contrario de las parejas fusionales: temor al vínculo, al compromiso, a la intimidad, a la dependencia, a perder la propia individualidad, a abrirse al otro por miedo al rechazo; temor a sentir qué me pasa con el otro, miedo a ser poseído por el otro.

3) PAREJAS ARMÓNICAS

Cada persona tiene y reconoce en el otro una vida independiente con la que se siente bien, y a la vez desea y disfruta compartirla con su pareja; la relación se basa en la confianza mutua y en la confianza propia; nos sentimos seguros, confiados, no amenazados, sin necesidad de defendernos unos de los otros. Nos hace personas fuertes y nos da confianza en el poder que tiene el amor en nuestra vida.

Matrimonio cristiano: signo de reconciliación y comunión

Hablemos finalmente de dos aspectos de la vida matrimonial cristiana. Quisiera vincular ahora la vida de la pareja con el perdón y con la eucaristía.

El perdón en la pareja

Comencemos con el desafío del perdón en la relación conyugal. La sacramentalidad del matrimonio cristiano nos recuerda que la vida matrimonial de una pareja es como una *historia de salvación* y, por eso mismo, una *historia de reconciliación*.

El perdón que restaura las personas y los vínculos es un gesto imprescindible porque en este mundo no hay modo de vincularse y amar sin también herir o ser herido, ser lastimado o lastimar. El dolor del ofendido y el llanto del que ofende expresan *la tragedia de lo irreparable*, porque cuando se hiere al otro, «lo hecho..., hecho está». Quedamos a merced de nuestros actos, somos responsables de ellos y víctimas de sus efectos. El remedio contra la irreversibilidad y el carácter imprevisible de nuestros actos está en la facultad de *perdonar*. Equivocarnos es un acontecimiento cotidiano y es necesario el perdón para permitir a la vida proseguir, liberándonos de lo que hemos hecho muchas veces inconscientemente.

El perdón verdadero, el perdón difícil, es aquel que tomando en serio el carácter trágico de la acción, apunta a la raíz de los actos, a la fuente de los conflictos y de los daños que reclaman perdón. En la vida matrimonial la pareja o alguno de los dos pueden caer en la trampa del olvido fácil o del rencor sin fin. Sólo buscando y hallando lo que origina las conductas dañinas en el interior de cada uno y en la interacción de los dos, se podrán «desatar los nudos», es decir, mejorar las actitudes y recrear la relación hacia adelante.

Uno de los motivos de nuestra dificultad para perdonar es que el dolor de la ofensa continúa en nuestro corazón y mientras duela, será difícil perdonar. Podríamos decir que el “no perdonar” no siempre es una actitud deliberada, sin más bien una impotencia sentida. Sentimos que “no podemos” perdonar. Ocurre que para poder llegar hacerlo hay que vivir un proceso de “duelo”, es decir, asimilar el dolor de la ofensa pero dejarlo fluir, soltarlo, ofrecerlo. Lleva su tiempo, pero en algún momento, el duelo debería terminar. Sin embargo, muchas personas se aferran indefinidamente y de manera narcisista a su dolor; mantienen abierta su herida, se victimizan quedándose “por años” en el lugar de la víctima y dejando así “por años” al agresor en el lugar del victimario. Son personas que no desean ser libres de la ofensa, se perpetúan como

víctimas de su dolor. Así tendrán siempre una justificación para no perdonar. El “ego herido” es un mal consejero y peor aliado del perdón. El “ego femenino” se victimiza con sentido de inferioridad y humillación (“ay de mí, pobrecita yo, que estúpida me hizo sentir). El “ego masculino” lo hace con actitud omnipotente y vanidosa (“esto a mí no me lo hace nadie, jamás se lo perdonaré”). Hombres y mujeres necesitamos hacer procesos de duelo emocional para llegar a liberar nuestro “yo” más profundo y espiritual que diga: “te perdono”.

La dinámica esponsal es bella y también dramática, como el amor. Vivir el amor es atreverse a vivir reconciliados y reconciliándose. Estrechamente unida al perdón en la pareja está la práctica cristiana de la corrección fraterna. Ésta sólo puede ser practicada por personas “espirituales” que obran a la luz del Espíritu. Esto quiere decir que *toda corrección fraterna va precedida de un serio discernimiento*, en el cual el individuo se interroga en las reales motivaciones de su gesto, para liberarlo de eventuales intentos agresivos o de sentirse mal, o de autoafirmación, y está dispuesto a hacer que se convierta en una expresión de verdadero amor y de sentido de responsabilidad en sus relaciones con el otro. La corrección fraterna añade la inteligencia espiritual del discernimiento a la compasión misericordiosa del perdón. En la vida matrimonial las dos cosas son necesarias. Los esposos que se han prometido el amor que no pasará jamás (cf. 1Cor 13,8) están llamados a ser esas personas “espirituales” que encuentran en la *corrección fraterna* una ayuda imprescindible para recrear incesantemente su alianza de amor matrimonial.

La comunión eucarística enseña a vivir la comunión matrimonial

Terminemos la reflexión con unas líneas sobre el sacramento del matrimonio y la eucaristía tomadas de mi libro *La danza del amor*.

Comulgar es una acción nupcial en cuanto significa reciprocidad de la entrega y la acogida. En la celebración eucarística la Iglesia ofrece su propia vida, simbolizada en el pan y el vino, frutos de la tierra y el trabajo humano; y la consagración de estos dones humanos por el Espíritu divino los convierte en la ofrenda de amor de Cristo a la Iglesia. No habría verdadera comunión si el don y la acogida no fuesen en ambas direcciones, de Cristo a la Iglesia y de ella a él.

Después de la última cena (*sacramento del don*) y de la cruz (*realidad del don*) el Esposo Cristo se manifiesta a su Esposa Iglesia. El relato del evangelio de Juan de la aparición del resucitado a María Magdalena, ahora con un cuerpo transformado, posee sutiles y profundas connotaciones nupciales y hace una “inclusión perfecta” con el relato de Adán y Eva en el paraíso. En un jardín María Magdalena –esposa– busca a Cristo –esposo– preguntando por él como la amada en el Cantar de los Cantares (cf. 3,2-3). El escenario nupcial originario que es el jardín del paraíso (cf. Gén 2,8) fue un lugar de desencuentro humano y divino (cf. Gén 3,8). Ahora, cuando son hechas nuevas todas las cosas (cf. Ap 21,5), el jardín se convierte en lugar del re-encuentro humano y divino, o mejor dicho, divino *en* el humano. Cristo llama a María «Mujer» (cf. Jn 20,15) como el Adán llamó “mujer” a su pareja reconociéndola suya y dándole existencia femenina. Así Cristo da la vida de la fe a María al llamarla y ser reconocido por ella (cf. Jn 20,16b). La actuación nupcial *masculina* de él al hacerse presente y nombrarla (cf. Jn 20,16a) es correspondida por la *femenina* de ella al querer abrazarlo (cf. Jn 20,17; Ct 3,4). Pero el cuerpo del Esposo ahora está

transformado y posee un cierto carácter sacramental respecto de la gloria: María no puede retenerlo, ni menos poseerlo. De aquí en más la comunión será mediante aquella fe enamorada que permita reconocer al Amado –su carne y su sangre– en el signo del pan (cf. Jn 6,54-55). Será una comunión aún más íntima que la vivida anteriormente ya que el que come su carne y bebe su sangre permanecerá *en* Cristo y Cristo *en* él (cf. Jn 6,56). Algo semejante vivieron los discípulos de Emaús que sintieron arder de amor su corazón (cf. Lc 24,32) cuando sus ojos se abrieron y reconocieron al resucitado al partir el pan, pero él desaparecía de su vista sin que pudieran detenerlo (cf. Lc 24,31).

Estas dos escenas de encuentro y comunión (Jesús aparecido a María Magdalena y a los discípulos de Emaús y no dejándose retener en ningún caso) enseñan a la pareja de esposos a comulgar entre ellos y con Cristo. Para comulgar con la persona amada la condición es no querer poseerla. Poseer un amor es un vano intento de perpetuar un gozo, haciéndolo así imposible. No se puede retener el cuerpo resucitado del Cristo Esposo porque éste es sacramento de una gloria que todavía es promesa para quienes viven en este mundo. María Magdalena y los discípulos de Emaús aprendieron a dejar a Cristo ser él, y sólo de este modo vivir íntimamente unidos en el amor. En la resurrección el cuerpo de Cristo fue *glorificado* y en la eucaristía el pan es *transustanciado*. En ambos casos sólo es posible la unión entre Cristo y los creyentes aceptando la distancia que hace posible el encuentro, la diferencia que reclama el amor.

En la relación amorosa de la pareja el cuerpo entregado de los cónyuges también es sacramento de una gloria que aún es promesa. Aprender a vivir unidos como esposos significa no querer poseerse en el intento de retener la gloria. Ellos son para sí mismos sólo un sacramento. Por eso *comulgar con la eucaristía* acogiendo al signo y creyendo allí presente el anticipo de la gloria, es un paso adelante para aprender a *comulgar con el cónyuge*, que es sacramento de la misma gloria. Una sola carne, un solo espíritu, siendo dos personas distintas.

La comunión eucarística y la matrimonial anuncian una comunión perfecta y definitiva de la cual ellas son la prenda: presencia y anticipo de la gloria donde “cuando resuciten los muertos, ni los hombres ni las mujeres se casarán” (Mc 12,25) porque el amor estará consumado y la perfecta comunión realizada, ya que Dios será “todo en todos” (1Cor 15,29).

Actividad grupal:

¿Qué actitudes y/o actividades favorecen nuestra amistad matrimonial?

Pensemos en positivo lo que nos ha ayudado en nuestro matrimonio para sentirnos más compañeros y unidos por el amor.